Buenos Aires

LA PRENSA

Miércoles 14 de marzo de 1973

Manuel Rojas

Falleció en Chile

El hijo de la dueña de un humilde almacén de extramuros miraba con asombrados ojos a un indio ona que pasaba trotando por las calles de Santiago de Chile. Lo esperaba muchas tardes, siempre a la hora en que la noche se insinúa y la tarde lucha con sus últimas luces, porque a esa hora el ona se detenía bruscamente ante el almacén y pedía un vaso de vino en pago de futuras changas; luego caminaba como con un gran peso sobre los hombros, llegaba a la esquina que daba al campo y allí, mirando el cielo, profería un grito agudo y desgarrador, e inmediatamente se arrojaba al suelo y apoyaba el oído a la tierra "para sentir el eco de ese grito".

El tembloroso testigo de ese episodio miraba luego al hombre perderse en la lejanía y en la enorme soledad, y habría de ser luego pintor de paredes, obrero portuario, apuntador teatral de elencos en gira, linotipista, periodista, arriesgado frecuentador de los borrascosos bares del puerto de Santiago o de Viña del Mar... y, al fin, habría de ser lo que hasta entonces no sabía que era y que no podría dejar de ser: un escritor.

Llena así su vida de experiencias, sus ojos de imágenes, su alma de miedos y alegrías, de recuerdos su memoria, "a los veintidós años —él lo dijo alguna vez— tenía tanto que contar...".

Ese niño, ese hombre, se llamaba Manuel Rojas y falleció ayer en Santiago de Chile, a los 77 años de edad.

El novelista desaparecido nació en Buenos Aires el 8 de enero de 1896. Vivió parte de su niñez en Rosario y luego en la ciudad en que acaba de morir.

En Buenos Aires, cuando contaba algo más de una veintena de años, envió un cuento a un concurso literario organizado por la revista "Caras y Caretas" y obtuvo el primer premio; poco tiempo después mereció otro premio similar con otro cuento.

Sus relatos, como sus novelas, de un realismo que apela mucho más a la emoción que a la razón, son obras directas, lineales, riquísimas de peripecias, incidentes, anécdotas y de "sucedidos".

No fundan su valor en un arte del estilo, pero su vívido esplendor refleja o expone tan clara y singularmente la personalidad de su autor que constituyen, precisamente, un "estilo".

Uno de sus ensayos, titulado "Chile, país vivido", bien puede servir para abarcar la característica más notoria de su obra: su preocupación por el hombre de Chile y a través de éste por el hombre universal. No se preocupaba Rojas por describir, por retratar con abundancia de adjetivos (por reveladoras que éstos fueran), al paisano de Chile. Se servía de otro método más simple y más fecundo: refería una respuesta de ese hombre, pero tan expresiva, que servía mucho más y mejor para describirlo.

Sirva, como ejemplo, éste que recordamos, al pasar: "Oye, Pedro Chuico, ¿eres chileno?

—"Nací, por aquí, por El Cardo, patrón; pero ahora estoy tan borracho..."

Sus obras más notables, "Hijo de ladrón", "Mejor que el vino", "El delincuente", novelas las dos primeras y cuentos la segunda, alcanzaron muchas ediciones en español y en otros idiomas. Publicó también poemas: "Tonada del transeúnte", y ensayos: "El árbol siempre verde".

"Hijo de ladrón" mereció en 1957, el Premio Nacional de Literatura de Chile.

Su muerte constituye la desaparición de uno de los más destacados narradores de la América latina y, a la vez, la de un escritor de raza, que no se preopodría proporcionarle la promoción o la "política" literaria.

Centro de Estudios